

LA TEODICEA O “EL INTENTO DE HABLAR DE DIOS A PESAR DEL MAL”

“¿Cómo puede compaginarse el sufrimiento en el mundo, el sufrimiento de los inocentes, con la idea de un Dios creador todopoderoso y bondadoso?”¹. Para ser fieles al mundo y narrar la historia completa hemos de contar no sólo con la bondad de la creación –que tan bien describe el Génesis– sino además con su maldad que no deja de ser nunca un interrogante para el hombre. En el fondo de la cuestión late el dilema de Epicuro:

“O Dios quiere quitar el mal del mundo, pero no puede. O puede, pero no quiere quitarlo. O no puede ni quiere. O puede y quiere. Si quiere y no puede, es impotente. Si puede y no quiere, no nos ama. Si no quiere ni puede, no es el Dios bueno, y además es impotente. Si puede y quiere –y esto es lo único que como Dios le cuadra–, ¿De dónde viene entonces el mal real y por qué no lo elimina?”²

El mal representa el alegato supremo contra Dios, es el descrédito de la idea de Dios. El mal es **“la roca del ateísmo”** como dijo Büchner. El mal ha puesto en marcha un proceso que comenzó declarando a Dios inexistente y que termina declarando al mundo insensato. Esta es la postura de muchos autores: Nietzsche, Camus, Sábato, etc. Pero **cabría pensar otra salida: “Existe el mal, luego tendría que existir Dios”**. **Es la existencia de Dios lo que hace del mal un enigma torturante**. Si Dios no existe, ¿a quién pedir cuentas, ante quién litigar, contra quién presentar la denuncia? El mismo poema de Job, aún en el sufrimiento, es marcadamente teocéntrico y expresa su agonía ante el silencio de Dios. Quien no quiere renunciar a la idea de un universo con sentido o al postulado ético de la justicia, ha de volver a considerar la hipótesis de Dios, acaso no con este nombre. Adorno apela a la trascendencia, Horkheimer habla de la “añoranza de lo absolutamente distinto” y “la esperanza de que exista un absoluto positivo”. Un teólogo judío, B. Borowitz, se pregunta **¿por qué el ateísmo no ha logrado arraigar entre los judíos supervivientes del genocidio nazi?** Todo esto nos hace pensar que *el mal funciona como anti-teodicea, pero que puede funcionar como pro-teodicea*³. En el fondo el dilema de Epicuro encierra un doble engaño porque maneja dos precomprensiones que todos usamos inadvertidamente. **Primera: “el mundo podría ser perfecto”**, pero ¿qué mundo creado puede ser perfecto? Un mundo creado perfecto sería lo no divino divino, lo imperfecto perfecto, lo temporal eterno, lo finito infinito... ¡una tremenda contradicción! Hay que respetar la distancia esencial entre criatura y creador, nuestra contingencia nos separa radicalmente de Dios aunque seamos imagen suya. Además, Dios no puede crear una creación igual a sí mismo, Dios no se duplica materializándose en un paraíso perfecto. **Segunda: “la omnipotencia consiste en que Dios puede hacer cualquier cosa que quiera sin ningún límite posible”**. O sea que Dios puede hacer un círculo cuadrado o madera de metal,... es la idea de una omnipotencia abstracta y caprichosa, (una idea de Dios mágica e infantil, profundamente inmadura) que piensa que Dios puede ir incluso contra la lógica. Ya Tomás de Aquino se preguntó si la omnipotencia de Dios se veía mermada por su incapacidad de realizar contradicciones *in terminis*. Y concluyó que no: **Dios no contradice su creación, no va ni puede ir contra su propia lógica**. La imaginación nos puede hacer inventar cosas sin fundamento, cuando en definitiva no son nada. **La omnipotencia no es abstracta**. Más bien tendremos que reconocer que el mal es una realidad inevitable en el desarrollo de la creación. Esto no entra en conflicto con afirmar la bondad radical de todo lo creado, ya que la raíz de la que procede todo lo creado es Dios, esto es lo que siempre ha afirmado la tradición y los relatos genesíacos. En una ocasión, una amiga mía se encontró a alguien que le increpaba con ira: ¡¿Dónde está Dios si existe?! ¿Dónde está cuando una familia entera que viaja en su automóvil sufre un accidente, los padres mueren y las hijas quedan huérfanas? ¿Dónde? ¿Me lo quieres decir? Ante esa pregunta inquietante mi fe sólo me permite dar una respuesta humilde y sincera: No sé dónde estaba Dios ahí, en esa situación, pero sí que sé dónde no estaba: Dios no estaba al volante. Dios no conduce, o al menos no dice esto jamás nuestra revelación; él no determina ni nos controla como si fuéramos sus marionetas. Él nos creó libres y respeta nuestra libertad, nos ha dado libertad incluso para no amarle y para no creerle, él no quiere que le amemos forzados si realmente no estamos convencidos, si esto no nos hace felices. Ahora te pregunto yo ¿Por qué quieres culpar a Dios de lo que ha sido un desgraciado accidente? ¿Por qué sí acudes al mal y al sufrimiento

¹ J. B. METZ (dir.), *El clamor de la tierra*. El problema dramático de la Teodicea, Verbo Divino, Estella, 1996, 13-14.

² J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, Sal Terrae, Santander 1986², 161.

³ Ídem., 161-164.

para probar su no existencia y no lo haces a la bondad y a la belleza que hay en el mundo para probar su existencia? **¿Por qué no aceptas que Dios ha puesto el destino en tus manos?** Él te valora más que tú mismo, él te trata como adulto capaz de ser responsable y tú ¿sólo te empeñas en culparle?

Muchas veces ocurre que nos resulta muy cómodo culpar y desviar nuestra responsabilidad hacia Dios (incluso creemos que así probamos su no existencia), esto es siempre más fácil que creer en él y que comprometerse con cambiar la realidad desde los propios y limitados esfuerzos humanos. Yo no culpo a los ateos o a los no creyentes (el último Concilio de la Iglesia tampoco lo hizo, GS 19), **más bien**, hemos de **situar la responsabilidad de los que no tienen fe en la poca claridad y testimonio que los creyentes damos de nuestra fe**. Muchas veces, con nuestras actitudes y con nuestras palabras no hacemos que nuestra fe sea creíble ni amable ni mucho menos deseable para nadie. Si a ti tu fe no te otorga felicidad y verdad, luz y sentido, no lo hará a otros. No trates de convencer a nadie por la fuerza, ni tan siquiera con brillantes ideas, vale más el testimonio de una vida íntegra que se esfuerza por vivir aquello que confiesa como su fe. Sólo hay que intentarlo sinceramente, no te pido que lo cumplas ya hoy (eso sería la santidad, la verdadera plenitud y felicidad). El Concilio Vaticano II tenía razón, **la verdadera causa de todos los ateos y anticlericales que hoy tenemos en la sociedad está, casi siempre, vinculada a los creyentes**. Hemos de aprender a dar de nuevo razón de nuestra fe y de nuestra esperanza (1 Pe 3, 15), y hacerles luz: nuestro mensaje, el Evangelio, es valioso y luminoso aunque a nosotros –creyentes- muchas veces nos salga tan mal encarnarlo y anunciarlo con nuestras obras. Realmente llevamos un tesoro en vasijas de barro (2 Cor 4, 7). Que haya hoy día menos creyentes puede ser –bien mirado- una “bendición” y una oportunidad de volver a ser cristianos sinceros, más auténticos, menos preocupados de ser la religión oficial y de los números y más de ser prolongación en el mundo de la salvación que Jesucristo nos vino a traer.

Respecto a la **“necesidad del mal” existen dos posturas**, una que **sí** lo considera necesario y además compatible con un Dios omnipotente y bueno⁴, que cree que el mal se asienta en la forma finita de ser, que no es algo añadido o adventicio, sino derivado y expresión de su realidad y condición finita. Defiende siempre una inconsistencia ontológica del mal a todas luces aceptable. Esta compatibilidad no significa pacto mutuo o permisión, **Dios es la oposición radical y respuesta personal al mal**. Pero **sólo un mundo sin historia, cuyo único protagonista fuera el ser infinito, estaría exento de mal**. Dios no elige entre crear un mundo con mal y uno sin mal; sino que elige el ser en vez de la nada, y éste aunque temporalmente esté cuajado de negatividades y carencias, éstas no son definitivas ya que el ser lleva la impronta de su creador, es bueno por esencia. En cambio, Torres Queiruga afirma que el mal **no** es necesario y que no está necesariamente derivado de la finitud⁵. **La finitud no es mala, pero sí que es condición de posibilidad del mal** y en este punto si estaría de acuerdo con el otro autor. Ahora bien, la finitud es también- según él- condición de posibilidad del bien, lo que pone de manifiesto este carácter inevitable del mal, es el carácter ambiguo que late fielmente en todo lo creado.

El don de la libertad que Dios concedió al hombre desde su creación **suponía también esto, implicaba la posibilidad de elegir lo distinto de Dios –incluso negarle- y hacer una opción por el mal o simplemente eludir una posición clara y abierta por el bien** manteniéndose en una perpetua ambigüedad e indefinición. Esta es la misma intuición que recoge y expresa el Concilio cuando dice: **“el hombre, cuando examina su propio corazón, descubre que está inclinado también al mal y sumergido en una multitud de males que no pueden proceder de su creador, que es bueno**. Al negarse a reconocer a Dios como su principio, trastocó, además, la debida ordenación a su fin último y trastornó todo el programa trazado para sus relaciones consigo mismo, con los demás hombres y con toda la creación. De ahí que el hombre está dividido dentro de sí mismo. Por eso **toda la vida humana, individual o colectiva, se nos presenta como una lucha dramática entre el bien y el mal**, entre la luz y las tinieblas⁶”. ¿Qué escogeremos? ¿Luchar solos o acompañados? ¿Ser héroes solitarios o ser humanos entre otros hermanos? He aquí la cuestión.

Víctor Chacón Huertas, C.Ss.R.

⁴ J. DE SAHAGÚN LUCAS, *Dios, horizonte del hombre*, BAC, Madrid 1998², 272.

⁵ A. TORRES QUEIRUGA, “Dios y el mal: de la omnipotencia abstracta al compromiso del amor”, en Ídem., *Del Terror de Isaac al Abbá de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2000, 165-245.

⁶ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et Spes* n. 13.